

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

A los niños les gusta que sus padres vayan a verlos cuando participan en alguna competición deportiva o en algún festival. Eso les anima. También los deportistas de élite reclaman el apoyo de la afición. Su presencia les ayuda a mejorar. Hoy, utilizando una imagen de los estadios romanos, la segunda lectura de la Carta a los hebreos señala que hay una multitud que nos contempla: son los santos. Ellos nos animan en nuestro camino de fe y, como recordaba Benedicto XVI, son amigos y compañeros. La experiencia nos indica que la lectura de biografías de santos o alguna película bien hecha, nos ayuda muchas veces para seguir con mayor entusiasmo al Señor. Cuenta san Ignacio de Loyola en su autobiografía que, estando postrado en Pamplona por una herida de batalla en una pierna, leía vidas de santos, y en ese momento sentía ganas de ser como san Francisco o santo Domingo. Ellos nos animan, y es mirándolos como nos es más fácil entender el evangelio de hoy.

Dice Jesús que en una misma familia «estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre». Parecen palabras exageradas, pero podemos recordar algunos casos en que esto sucedió así hasta el final. Así, san Hermenegildo fue perseguido por su padre Leovigildo, que era arriano, y murió asesinado en la cárcel. Hace mucho menos tiempo, en 1994, en Ruanda, una muchacha, Felicitas, del clan de los hutu, había escondido a trece niñas de la etnia tutsi. Su hermano, coronel, intentó disuadirla, porque ella prefería morir con las tutsi que habían venido a asesinar a dejarlas desprotegidas. Felicitas dice a su hermano: «Querido hermano, en lugar de salvar mi vida abandonando a las que están a mi cargo, prefiero morir con ellas». Y murió asesinada. Son casos heroicos de esos que, como dice la Carta a los hebreos, han llegado a derramar la sangre. Lejos de esto pero en la misma línea, encontramos la incompreensión de muchos padres hacia la fe de sus hijos o el rechazo de algunos familiares cuando un joven manifiesta vocación. Tampoco faltan familias en las que todos los miembros participan de la misma fe. En cualquier caso se nos manifiesta ese fuego que Jesús ha venido a traer al mundo y que lo incendia todo. Cuando su llama prende en nosotros, si somos fieles, es imposible que deje de arder. Lo quema todo a su paso purificando nuestro corazón, nuestras relaciones, la manera que tenemos de tratar las cosas y de trabajar y el mismo amor hacia nuestros familiares. Ese fuego es el que permite separar la falsa paz de la verdadera, la que nos trae Jesucristo. Es como cuando en los altos hornos, a fuertes temperaturas, se separa el metal de la ganga. También Jesucristo separa el mal del bien y ello, en ocasiones, reporta algunos sufrimientos para quienes le son fieles. Ese fuego, además, es el del amor divino. Podemos ver en él una imagen del Espíritu Santo, que enciende su llama en el corazón de los bautizados y después crece y se irradia por el ejercicio de la caridad. El Espíritu Santo nos será dado después de que Jesús haya pasado por el bautismo de sangre del que nos habla. Su sacrificio en la cruz dará eficacia a los sacramentos y la salvación nos vendrá por el agua, la sangre y el Espíritu Santo.